

EN LA CATEDRAL

I

Cuando tras los altos vidrios
se apaga el sol de la tarde,
¡qué cosas sueña el poeta
en las viejas catedrales!

Místicos dardos parecen
los rayos crepusculares,
que al transverberar los muros
luz les arrancan por sangre.

Y en las altas rasgaduras
brillan los vidrios radiantes,
como visiones de asceta,
cual sol cuajado en imágenes.

Son miniaturas de lumbre,
son translúcidos esmaltes,
que ilustran la biblia abierta
de la Catedral gigante.

Son la leyenda de oro
de los santos y los mártires;
son los ciclos andantescos,
y las gestas medievales.

La cabellera del día,
destrenzada por los ángeles,
sueitas las siete guedejas,
siete colores desparce;
los siete rayos del íris
con que, en mágicos telares,
labraron manos divinas
brocados de luz y de aire.

Brocados de luz esplendidos,
transparentes, impalpables,
que cuelgan de las ojivas
como velos siderales.

Aureas, celestes, visiones
de Vírgenes y de arcángeles,
que en cuerpos de luz se asoman
al calado ventanaje.

Y por las escalas de oro
que teje el sol de la tarde
descienden de las ojivas,
se posan en los pilares;
por el ambiente litúrgico,
que como quieto oleaje,
de incienso y preces de siglos
llena las sagradas naves,
resbalan como visiones
por espacios irreales,
que al caer sobre las rejas
en mil pedazos se parten;
y otra vez vuelven a unirse
sus luminosas imágenes
que el cielo abierto proyectan
en las laudas sepulcrales.

II

Cuatro siglos ha, que un rayo
de ocaso, tibio y flotante,
viene como escala mística
del alta ojiva a colgarse.

Cuatro siglos que a esa hora
desciende por él un ángel,
y resbalando invisible
por las sombras de la nave,
se reclina sobre el muro
de la capilla, en que yace,
sobre su lecho esculpido,
una dueña hermosa y grave.

Ciñe el celestial guerrero
casco, coraza y brazales,
veste de examito y oro
y el manto color de sangre.

Sol hilado es su guedeja
y el romántico semblante,
de entre Amadís y San Jorge,
ni bien doncel, ni bien ángel.

Cede la almohada de piedra
bajo la cabeza exangüe
de la dama, que impasible
duerme el sueño perdurable.

Plegado el brial de mármol
con pliegues esculturales,
dibuja el mórbido seno,
modela el delgado talle.

Y entre el monjil y las tocas,
despunta el bello semblante,

más pálido que los cirios
que lucen en los altares.

Aquél cadáver-estátua,
o aquella estatua-cadáver,
de la muerte y de la piedra
junta las dos majestades.

Que el mármol palidecido
dentro de las catedrales
toma los ebúrneos tintes
que dá la muerte al semblante.

Sus contornos se abrillantan
con el ambarino esmalte
con que el cuerpo inanimado
se torna estatua de carne.

Con la algidez de la muerte
las blandas líneas suaves
del cincel, como las fibras,
se atirantan y retraen.

Serenidad prestigiosa
congela la faz inánime,
remoto esplendor que el alma
refleja en su rota cárcel...

No sé si las esculturas
lo que significan saben,
mas sé que sobre las huesas
se torna el mármol cadáver.

Por eso, la blanca dueña
de afilado rostro grave
era un ser, de piedra y muerte
y alma conjunto inefable.

Por eso, envuelto en el rayo,
de ocaso, encendido y jalde,

brasas la faz, oro el nimbo,
 llamas el manto flotante,
 baja el ángel de la ojiva
 por las escalas del aire,
 cual llega junto a la reja
 de su adorada el amante.

¡Mística, inefable cita,
 en que un rayo de la tarde,
 por amores de una estatua,
 se viste el cuerpo de un ángel!

III

Cual pupilas misteriosas,
 por las negruras del ábside,
 parpadean y relucen
 las lámparas oscilantes.

De ojivas y rosetones,
 en los calados engarces,
 refulgen las vidrieras,
 cual joyeles orientales.

Prolónganse por el templo
 las sombras de los pilares,
 y hasta la dueña de piedra
 llega el espectro del ángel.

Es la llamarada ingente
 del astro que, al ocultarse,
 montes de fúlgidas brasas
 derrite en líquidos nácares.

La visión toca en la piedra
 y se enrojece el cadáver;
 bajo el brial de alabastro,
 parece que el pecho late.

Ciñe la ebúrnea cabeza
el nimbo de oro del ángel
y, un punto, en una faz sola,
se confunden las dos faces.

¡Así en los cielos azules,
por leyes inexcrutables,
se confunden en un beso
dos semblantes siderales!

Mas como la dicha es humo,
que al tocarlo se deshace,
al contacto de aquel beso
fundióse la eterea imágen.

Y empalideció la estatua,
la sombra llenó las naves...
Sólo el soñador poeta
quedó insomne y vigilante.

Temblando en sus hornacinas
vírgenes, santos y arcángeles,
sienten frío y se arrebozan
en sus mantos seculares.

El poeta, contra el muro
se reclina, y delirante
posa la ardiente cabeza
en los húmedos sillares;
y allí extático, imagina
mil quimeras inefables...
Siente el alma de la piedra
filtrarse lenta en su sangre,
sueña que se vuelve estatua
y sobre un sepulcro yace,
pero en su mármol alientan
sus más puros ideales;

tras sus párpados inmóviles,
percibe luces distantes;
y aunque es piedra aspira incienso
y oye preces monacales.

Oye el doliente murmullo
con que damas y magnates,
siervos y príncipes lloran
pecados de otras edades.

Gimen los reyes de piedra,
los guerreros y los frailes
y un inmenso *miserere*
truena en las gigantes naves.

Los labios de los profetas,
las vírgenes y los mártires
brotan luz, místico verbo
con que hablan los inmortales.

¡Aún hecho estatua, el poeta
sueña cosas inefables,
al sorprender los misterios
de las viejas catedrales!

.
.

Por sus arterias de mármol
vuelve a circular la sangre;
tornan a lucir los vidrios;
cañtan, afuera, las aves...

¡Es la aurora! Nuevo sueño
del poeta el alma invade,
desde el mundo de la piedra
vuelve al mundo de la carne.

Y al retornar a este siglo
de barro, sin ideales,
quiere volver a ser piedra,
bajo las góticas naves;
quiere ser muerto de piedra
que aliente en Dios y en el arte,
y no vivo, desterrado
en un mundo de odio y carne.

BLANCA DE LOS RÍOS

